LA MODA ELEGANTE

Año XXII.

PERIÓDICO DE LAS FAMILIAS,

Num. 19.

QUE TIENE LA ALTA HONRA DE CONTAR COMO PRIMERA SUSCRITORA
A S. M. LA REINA (Q. D. G.)

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TODA CLASE DE TRABAJOS DE AGUJA, INCLUSOS LOS DE TAPICERIA EN COLORES, CROCHETS, CANEVAS ETC.,
Se publica un numero todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En España, Canarias y Portugal.
EDICION ECONÓMICA.
Un año 95 reales.—Seis meses 50 reales.—Tres meses 30 reales.
Precio de la edicion de lujo.
Un año 140 rs.—Seis meses 80 rs.—Tres meses 45 rs.
No se venden números sueltos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En las Américas Españolas
EDICION ECONOMICA.
Por un año 8 pesos fuertes.—Seis meses 5 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 12 ps. fs.—Seis meses 7 ps. fs.
EDITOR: **D. Abelardo de Cárlos.**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En los demás estados de América.
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 10 pesos fuertes.—Seis meses 6 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 15 ps. fs.—Por seis meses 8 ps. fs.
No se venden números sueltos.

Sumario.—Instrumento para hacer ondas en el cabello.—Camisolin cerrado.—Flores de lana.—La amapola.—Corbata Richelieu.—Corbata Gisela.—Corbata La Valiere.—La felicidad.—Leyenda fantástica.—Explicacion del grabado de modas.—Romance.—La madre del soldado.—Creo en Dios.—Teatros.—Bellas artes.—Problemas de ajedrez.—Advertencia.—Solucion del geroglífico.

Instrumento para hacer ondas en el cabello.

Habiendo proscrito absolutamente la moda los cabellos lisos, la industria busca todos los medios que tengan por objeto el que fácilmente se consiga dar á aquellos la forma *ondulada*. Al efecto se nos ha hecho conocer un utensilio que no tiene patente de invencion, y que puede, por tanto, ser imitado por todo el mundo.

Este utensilio, que tiene cierta semejanza con un molde de hacer barquillos, puede ejecutarse en madera, ó bien en metal; se compone de 2 tacos ó planchas cuadrilongas, que se unen por una charnela; estas dos piezas tienen ranuras, correspondiendo los salientes de la una á los entrantes de la otra. En el instante de usar el instrumento, se calienta este al fuego, si es de metal, ó bien si las piezas son huecas se las llena de agua hirviendo. Se peina el cabello, se le coloca como indica el grabado, se cierran las dos planchas, y al cabo de dos ó tres minutos se abre el instrumento. Las ondas se han formado ya. Nuestro modelo tiene 12 centímetros y medio de largo, 10 de ancho y cinco ranuras por dentro. Está hecho de hierro fundido, y es muy fácil de ser ejecutado con presencia del dibujo y de la explicacion.

INSTRUMENTO PARA HACER ONDAS EN EL CABELLO.

Camisolin cerrado.

MATERIALES.—Muselina fina; entredos de encage; algodon de bordar.

Este modelo conviene perfectamente á todas las jóvenes casadas ó solteras; los tres dibujos que de él tratan representan: 1.º, uno de los delanteros; 2.º, algo mas de la mitad de la espalda; 3.º, el camisolin concluido.

Este se compone de entredoses y de tiras bordadas; se le corta enteramente de muselina; se colocan los entredoses, se ejecuta el bordado, cuyos bordes festoneados sujetan el entredos correspondiente; despues de hecho esto, se recorta por debajo de los entredoses la muselina que no se ha bordado. La espalda y el delantero se reunen en el hombro *a* con *a*,—*b* con *b*,—*c* con *c*; despues se ribetea el camisolin con una tira estrecha, cortada al sesgo y pespunteada, la cual se ha adornado con lunares (véase el dibujo); á esta tira va pegado un encage estre-

© Biblioteca Nacional de España

cho; la abertura del cuello va rodeada con otro encage estrecho, fruncido y encañonado con el hierro de media caña.

Flores de lana.

NARCISO.

MATERIALES.—Lana céfiro blanca, amarilla, verde.

Respecto á los pormenores de ejecucion de esta flor, remitimos á nuestras lectoras á los dibujos que acompañaban la del *Pensamiento*, que servirán tambien para la amapola. Las cinco hojas que rodean el corazon del narciso se hacen sobre un molde de 4 centímetros de circunferencia, con lana blanca, sujeta por cabillos de alambre ó laton fino forrados de algodon blanco; se rodea el molde catorce veces con la lana, cruzando cada vez sobre esta los cabos de alambre, segun hemos manifestado en las anteriores explicaciones relativas á las flores de lana. Por medio de los cabos que se hallan á cada lado se forma una hoja redondeada por arriba y algo puntiaguda por el extremo opuesto. Para formar el corazon, se rodea (como para la hoja) un molde de 2 centímetros de circunferencia, sobre el cual se ata igualmente con alambre, forrado de encarnado, un fleco de 3 centímetros de largo: para hacer este corazon, se emplea, ya lana amarilla, ya alternativamente una hebra de lana amarilla y otra de lana encarnada; este pedazo de fleco se reune en rodondo por medio de un alambre, la parte *atada* se convierte en *borde superior* del corazon, por el lado opuesto se pasa un cabo de alambre cuyos extremos, torcidos juntos, forman el tallo: al rededor del corazon se colocan y sujetan con alambre ó seda las cinco hojas del narciso, guarneciendo el centro del espresado corazon con algunos nudos de lana verde: con lana del mismo color se rodea el tallo.

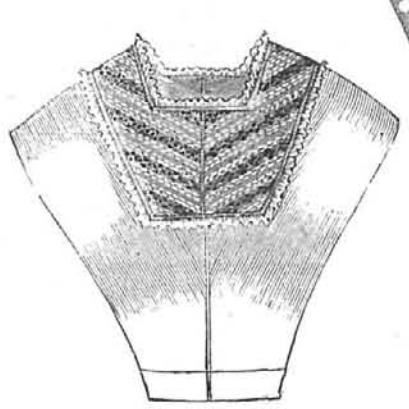
La amapola.

MATERIALES.—Lana inglesa punzó: hilo negro, etc.

Forman esta flor cuatro hojas anchas, hechas, como las anteriores, sobre un molde que tenga por lo menos 5 centímetros de circunferencia: se las ejecuta con lana inglesa de 3 hilos, que es algo dura, y dá por consiguiente cierta consistencia á la flor. Si no hay como proporcionarse fácilmente esta lana, se empleará lana céfiro.

Cada una de las hojas que componen la amapola se hace revolviendo la lana 34 veces al rededor del molde, lo que forma un trozo de fleco de 4 centímetros y medio de largo. Conviene se evite el apretar demasiado el alambre que se pasa por el lado opuesto (el de abajo) de la hoja. Sobre el cabo superior del tallo se prepara, con un poco de algodon en rama cubierto con papel verde, un boton del tamaño de un guisante grueso; se le cubre con hilo negro cruzado tres veces en forma de enrejado, y se le rodea con hebras de hilo negro *mojados en una disolucion* de goma arábiga; estas hebras exceden del boton un centímetro y medio poco mas ó menos; en seguida se colocan las 4 hojas al rededor de aquel (véase la disposicion señalada por el dibujo) dos á dos, de modo que formen una flor algo hueca.

CAMISOLIN CERRADO (MITAD DE LA ESPALDA).



CAMISOLIN CONCLUIDO.

Corbata Richelieu.

MATERIALES.—Muselina blanca; entredos y encage de Valenciennes.

Las corbatas de muselina blanca son y serán siempre las de mayor uso, se las pone, en invierno, sobre los cuellos, en verano, y en vestidos de interior de casa, estas corbatas remplazan los cuellos. La corbata *Richelieu* se compone de una tira recta de muselina, de trece centímetros de ancho por 1 metro y seis centímetros de largo: en cada extremo se pone un entredos de 2 centímetros de ancho, llevando á un lado y otro tres ó cuatro *pliegues pequeños, cada extremo se orilla con* un encage ligeramente fruncido, y que tenga dos centímetros de ancho.

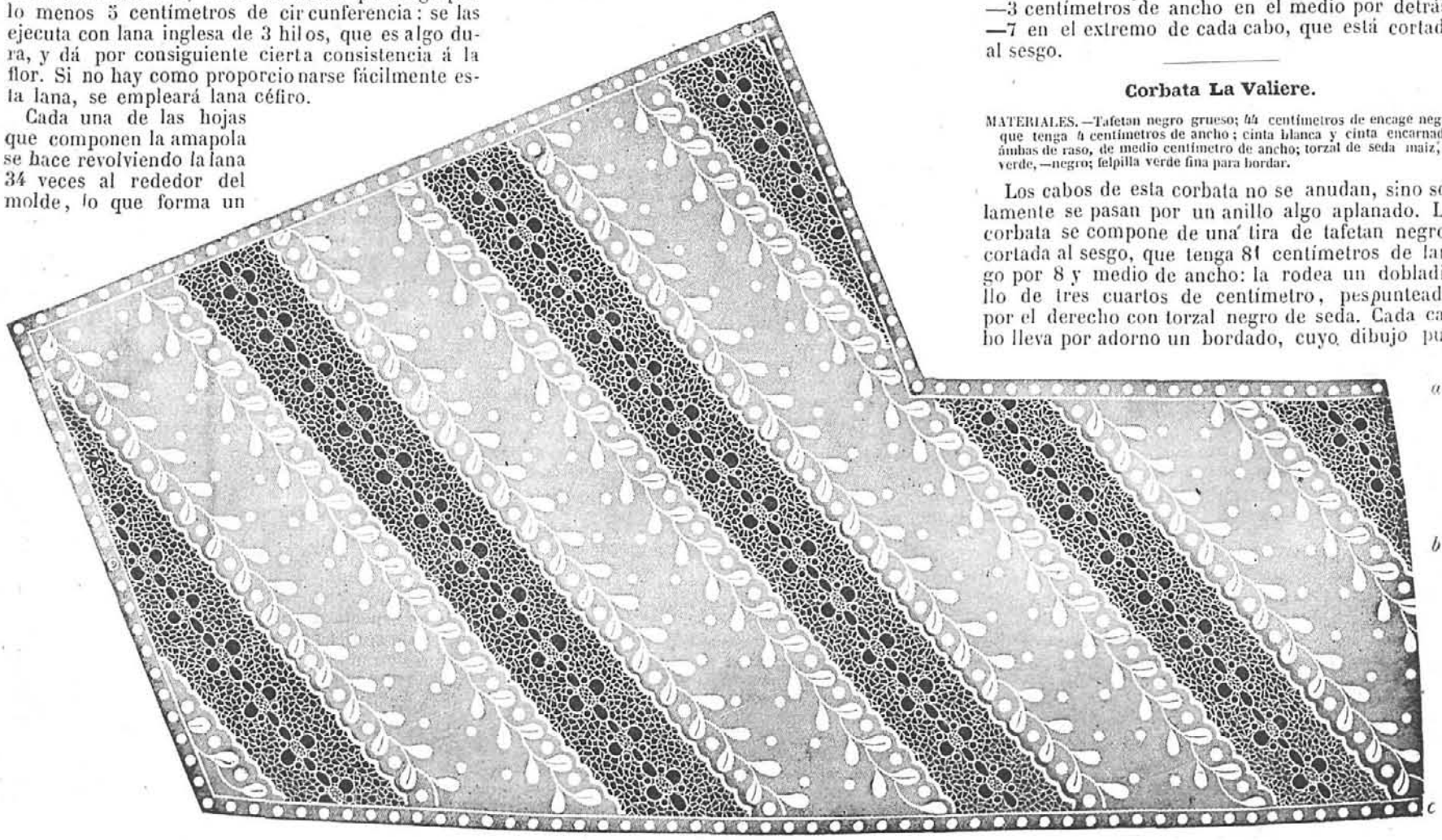
Corbata Gisela.

Esta corbata, que se hace de muselina blanca es, como las de tafetan, estrecha en la parte que rodea al cuello: los cabos van ensanchándose y caen por el revés, están adornados con un entredos de cerca de 3 centímetros de ancho, dispuesto en punta segun la forma de los cabos, y orillado por un encage fruncido de 2 centímetros de ancho. La corbata tiene cerca de 1 metro de largo de punta á punta, —3 centímetros de ancho en el medio por detrás, —7 en el extremo de cada cabo, que está cortado al sesgo.

Corbata La Valiere.

MATERIALES.—Tafetan negro grueso; 44 centímetros de encage negro que tenga 4 centímetros de ancho; cinta blanca y cinta encarnada; ámbas de raso, de medio centímetro de ancho; torzal de seda maiz, —verde, —negro; felpilla verde fina para bordar.

Los cabos de esta corbata no se anudan, sino solamente se pasan por un anillo algo aplanado. La corbata se compone de una tira de tafetan negro, cortada al sesgo, que tenga 81 centímetros de largo por 8 y medio de ancho: la rodea un dobladillo de tres cuartos de centímetro, pespunteado por el derecho con torzal negro de seda. Cada cabo lleva por adorno un bordado, cuyo dibujo pu-



CAMISOLIN CERRADO (MITAD DEL DELANTERO).

© Biblioteca Nacional de España

blicamos. Primeramente se ejecutan los tallos y las hojas al pasado, despues se pliegan las cintas blanca y encarnada, y con estos rizados en miniatura se forma un circulito que compone la flor. La del medio es blanca, la de los lados encarnadas, el corazon de estas se hace á punto de nudillos con seda maiz: el corazon de la del centro se hace del mismo modo, pero con felpilla verde. Las espigas se bordan al pasado con seda maiz,—las hojas con seda verde. Cada cabo se guarnece con una puntilla de encage negro fruncido (22 centímetros de largo por 4 de ancho), el anillo por donde aquellos pasan puede remplazarse con un alfiler de pecho.

LA FELICIDAD.

Madrid entre otras cosas es un conjunto de trescientas mil personas, que se agitan en contínuo y encontrado movimiento buscando la felicidad.

Ser felices es el resorte oculto que nos mueve, la mano poderosa que nos empuja en todas direcciones, el pensamiento, el deseo y la esperanza que consumen nuestra vida.

Es indudable que la humanidad está de acuerdo á lo menos en una cosa: no se puede negar que todos hemos hecho el propósito irrevocable de ser dichosos.

Al empezar el primer mes del año 1863, se me ocurre una reflexion capaz de infundir desaliento en el corazon mas vigoroso.

Yo digo: Seis mil años hace que el hombre empezó á buscar la felicidad, y todavia no la ha encontrado.

Hasta ahora no hemos hecho mas que lo que hubiera podido hacer la aguja de un reloj, fatigándose en recorrer la circunferencia de la esfera, empeñada en encontrar el número 13.

La felicidad es una especie de lotería á la cual todos ponemos y á ninguno nos cae.

Si la razon sirviera para algo, ya ya nos hubiera hecho comprender que no hay nada que atormente tanto como la felicidad.

Así es que los menos desgraciados son aquellos que tienen bastante valor para despreciarla.

Hé aquí un profundo desatino: Los que no son felices es porque se han empeñado en serlo.

Ó de otra manera: Para ser feliz es preciso no contar con la felicidad.

Ó mas claro: El que se persuada de que no hay felicidad sobre la tierra, ese es el mas dichoso de los hombres.

Yo no sé lo que quiere decir felicidad completa, porque la felicidad ó es completa ó no es felicidad.

Equivaldria á decir que noventa y nueve era un ciento incompleto, y yo tengo la íntima conviccion de que mientras sea noventa y nueve no puede ser ciento de ninguna manera.

No hay necesidad de recorrer la interminable serie de las desdichas humanas para convencerse de que *la felicidad no existe; basta detenerse un momento* en esta observacion:

No hay un hombre que una hora al dia por lo menos no se persuada de que todos los demás hombres son mas felices que él.

Ahora échese la cuenta.

Puede sacarse en limpio una verdad imposible y que, sin embargo, no deja de ser cierta, y es como sigue:

Cada hombre es mas desgraciado que todos los demás.

En Madrid se ha hecho de la felicidad una cosa tan indispensable, que no pensamos mas que en ser felices; y para que haya suficiente felicidad para todos, se ha puesto la felicidad en todas partes.

Apenas hay en Madrid quien no sea feliz por alguna razon.

La mayor desgracia que puede sucederle aquí á un hombre es la pobreza, y para eso tiene la *felicidad de San Bernardino*.

La mayor desventura que puede ocurrirle aquí á una mujer es ser hermosa y pura, y para eso tiene en su mano la felicidad de la prostitucion.

Aquí se va á la felicidad por todos los caminos, de lo cual resulta que Madrid es el pueblo mas alegre del mundo.

Aquí podemos ser todos dichosos con tanta facilidad, *que no hay manera de no serlo*.

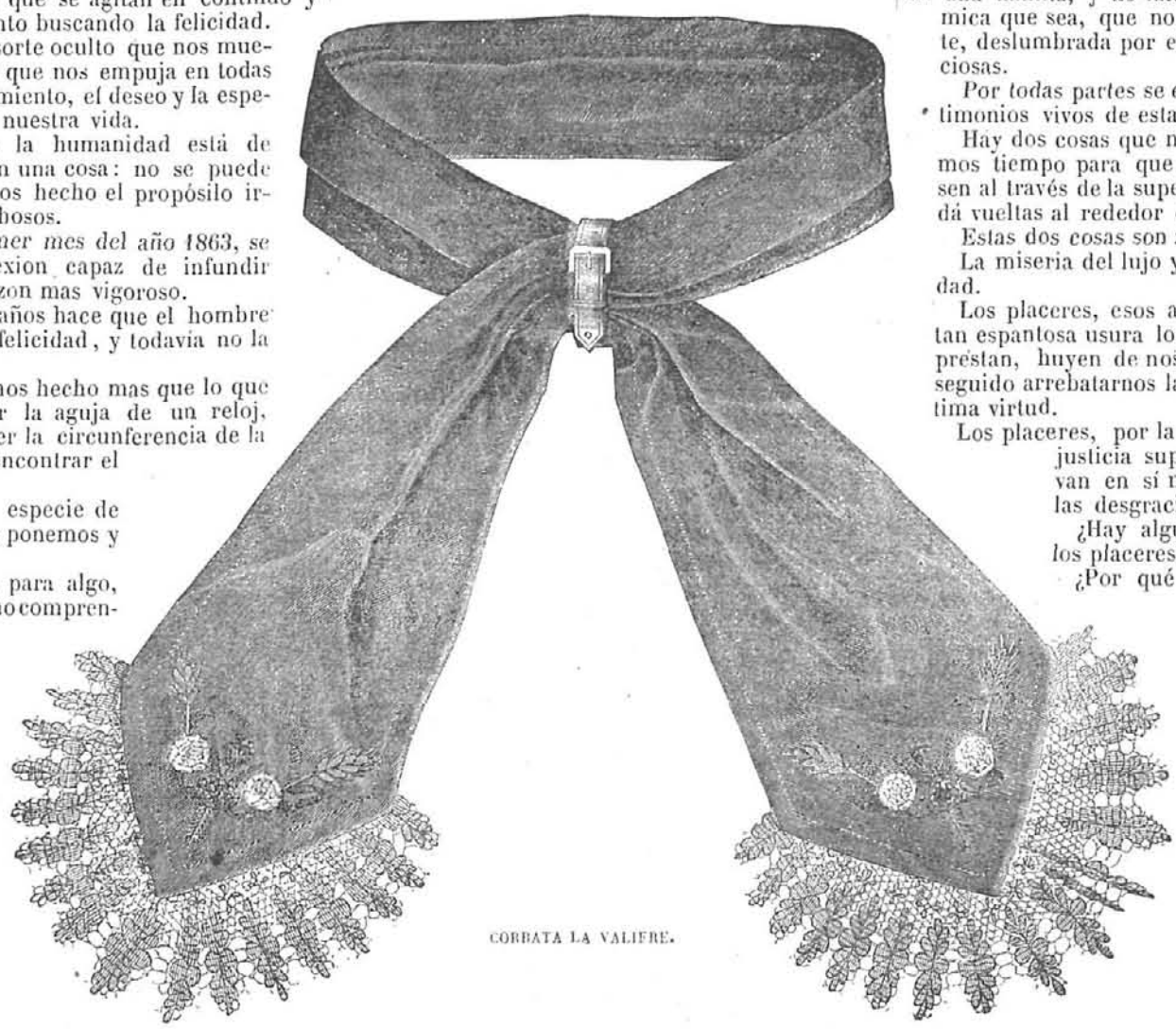
Para que se me entienda bien, debo repetir que no hay nada que cueste mas dolores que la felicidad.

Es curioso el espectáculo de trescientas mil personas atormentándose por ser felices.

Por muy extendido que se halle el estudio de la aritmética, hay una cuenta en la cual todo el mundo se equivoca.

Súmense los pesares que nos cuesta el placer mas fugitivo, y nos encontraremos siempre con un exceso de desgracias diez veces mayor que la felicidad que hemos alcanzado.

No hay quien dé por un diamante el doble siquiera de lo que vale, y damos por un placer tanto la felicidad, que hubiéramos sido por lo menos diez veces felices solo con no adquirirlo.



CORBATA LA VALIERE.

Esto es tan cierto, que el corazon mas rico no puede soportar dos años de placeres sin arruinarse.

Pregúntesele á dos testigos que voy á citar y que es imposible que hayan podido ponerse de acuerdo.

Estos testigos son los hospitales y los palacios.

¡Qué absurda es la verdad algunas veces! Damos la felicidad de todos los momentos por un momento de felicidad.

Si hubiera un hombre que diera toda su fortuna por una pequeña parte de ella, seria inmediatamente declarado loco por los médicos, por los parientes, por el juez de primera instancia y por todos los vecinos; pero podemos dar la dicha de toda la vida por la dicha de un instante, sin que la ciencia, ni las leyes, ni la familia, ni el público intenten despojarnos del uso de la razon.

Los placeres no son caros por el dinero que cuestan, sino por la felicidad que roban, y los placeres son la felicidad que buscamos.

¿A quién no le ha sucedido una vez buscar el sombrero que llevaba puesto?

¿Cuántas veces no nos volvemos locos buscando por todas partes un objeto que tenemos en la mano?

Yo he visto buscar su baston á un hombre que lo llevaba debajo del brazo.

Yo mismo he revuelto muchas veces mis papeles buscando uno que tenia en el bolsillo.

Esto mismo nos pasa con la felicidad.

Cada uno la lleva dentro de sí y todos nos empeñamos en encontrarla fuera de nosotros mismos.

Yo no sé cómo conciliar estas dos cosas que observo en el hombre.

Para depositar en otro un poco de dinero, nos rodeamos de todas las precauciones.

La felicidad la confiamos al primero que nos sale *al encuentro*.

Antes de comprar un aderezo la mujer mas expléndida averigua su valor, examina su mérito y le disputa duro á duro el precio que tiene señalado en la tarifa del joyista.

Puede ser que por cien reales de diferencia renuncie á él.

Todas las joyerías de Madrid se hallan dispuestas á atestiguar la exactitud de lo que estoy diciendo.

Pero cámbiese el joyero en libertino; que el comerciante en joyas se trasforme en hombre de mundo; que el precio del aderezo no sean quinientos duros, sino una cita, una conferencia misteriosa, un billete indiscreto; que sea, en fin, la felicidad de toda la vida, y acaso la felicidad de toda una familia, y no faltará una mujer por económica que sea, que no la entregue generosamente, deslumbrada por el brillo de las piedras preciosas.

Por todas partes se encuentran en Madrid testimonios vivos de esta verdad.

Hay dos cosas que nos espantarian si tuviéramos tiempo para que nuestras miradas penetrasen al través de la superficie de este mundo, que dá vueltas al rededor de nosotros.

Estas dos cosas son:

La miseria del lujo y las angustias de la felicidad.

Los placeres, esos avaros que nos cobran con tan espantosa usura los fugitivos goces que nos prestan, huyen de nosotros el dia que han conseguido arrebatarnos la última esperanza y la última virtud.

Los placeres, por la fuerza misteriosa de una justicia superior á los hombres, llevan en sí mismo el gérmen de todas las desgracias.

¿Hay alguna cosa mas ingrata que los placeres?

¿Por qué se permite que se dé el nombre de placeres á las cosas que mas nos mortifican?

¿Qué hace la Academia *de la lengua*?

Hay telas que es preciso mirarlas por el revés, para enterarse bien de la habilidad con que están tegidas.

En virtud de este procedimiento, que no puede ser rechazado por el libre exámen, yo exclamo:

¡Qué dichosos deben ser los desgraciados!

¡Qué desgraciados deben ser los dichosos!

Esos desgraciados que pueden tranquilamente entrar dentro de sí mismos, mirarse, por decirlo así, frente á frente y estrecharse las manos con la noble efusion de dos amigos leales, deben ser muy felices.

Esos dichosos que se ven en todas partes, porque quizá no se atreven á entrar dentro de sí mismos, que buscan á los demás por huir de sí propios, que viven sin asilo porque la conciencia les ha cerrado la puerta, deben ser muy desgraciados.

Yo siempre que paro mi atencion en este tumulto de seres humanos que se busca por todas partes, que se estrecha entre sí precipitándose uno tras de otros, siempre en agitacion y en movimiento, siempre juntos, llego á creer que cada uno de ellos tiene miedo de quedarse solo.

En las calles, en los teatros, en los paseos, en los cafés y en los salones, y Madrid todo es calles, teatros, paseos, cafés y salones, la multitud se aprieta, se oprime, se agita como si cada uno llegara allí huyendo de un implacable enemigo.

Al que por primera vez se le ofreciera este incesante espectáculo, abriria los ojos lleno de asombro y de compasion.

Pero pronto se pondria en el secreto; pronto caeria en la cuenta de que todos acudimos á esa cita perpétua, alegres y dichosos, buscando en los demás una felicidad que no sabemos encontrar en nosotros mismos.

José SELGAS.

© Biblioteca Nacional de España

LEYENDA FANTASTICA,

POR

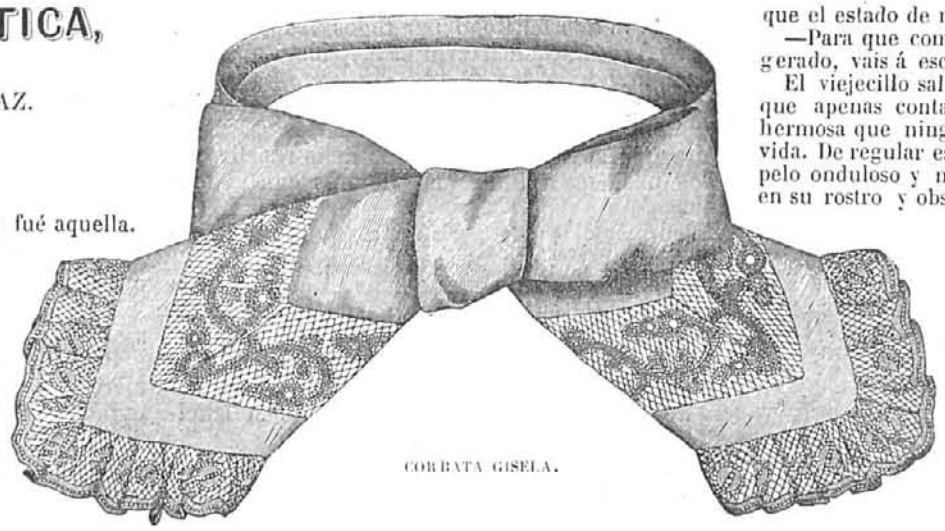
DON VICENTE RUBIO Y DIAZ.

(Continuacion.)

II.

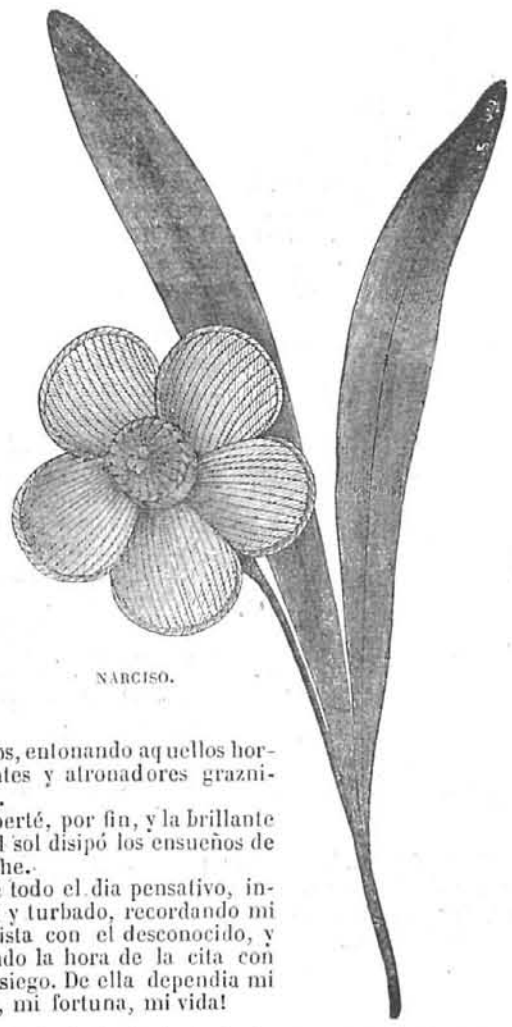
Noche de terribles y angustiosos sueños fué aquella. Los recuerdos del viejecillo de ojos penetrantes, no dejaron reposar mi espíritu.

Una música celestial, encantadora, cual podria producirla un coro de ángeles ó querubes, daba una serenata en la calle. Ansioso me asomaba al balcon, para embriagarme mas en la onda sonora y armoniosa que me embelesaba, y á reconocer á los que ejecutaban música tan bella; pero al abrir la puerta, el huracan penetraba fieramente, apagaba la débil luz que ardia sobre la mesa, tiraba al suelo la imágen que adornaba la cabecera de mi lecho, y derribaba con ímpetu violento las hojas de papel que estaban sobre el velador.



CORBATA GISELA.

Al mismo tiempo multitud de pajarracos repugnantes, sin color, forma, ni nombre, invadian mi alcoba dando espantosos graznidos y revoleteando en torno mio; un relámpago iluminaba esta extraña escena, el viejecillo de aspecto siniestro, aparecia entre ellos y dando una estridente carcajada decia: *he aqui la música sublime que te preparo, tú serás tambien músico: canta, canta con nosotros.* Y me sentia suspendido en el aire por una fuerza extraña, formando parte de la turba de negruzcos pajarracos, entonando aquellos horripilantes y atronadores graznidos!....



NARCISO.

Desperté, por fin, y la brillante luz del sol disipó los ensueños de la noche.

Pasé todo el dia pensativo, inquieto y turbado, recordando mi entrevista con el desconocido, y deseando la hora de la cita con desasosiego. De ella dependia mi suerte, mi fortuna, mi vida!

. . . . . .

Eran las once de la noche. Noche triste y silenciosa. Sin mas rumor que el del viento que mueve las hojas de los árboles, ó el de las aves nocturnas que revoletean en el espacio.

La hora se aproximaba.

¿Iria, ó no á la cita?

Aquel viejo misterioso ¿era un loco, ó uno de esos hombres de genio privilegiado que se sobreponen á su época?

¡Loco! no ha existido ningun hombre de gran talento que no haya sido calificado con esta palabra!

Yo comprendo, entreveo algo de lo que dijo aquel anciano. La música puede ser un resorte que conmueva todas las pasiones, que impela todos los instintos, que cambie la naturaleza del hombre, que le dirija y le subyugue. Es á la vez el narcótico que adormece y el tónico que dá fuerzas. Si, todo esto lo percibo, y aun lo siento! Me ha prometido gloria, mas gloria, que ningun hombre ha alcanzado. Es mi ilusion, mi sueño realizado!

No, ese hombre no es un demente. Aprenderé con él, me someteré á sus caprichos, á sus exigencias, con tal de heredar sus conocimientos. Llegará un dia en que yo diga el mundo: todo eso que admirais en Mozart, Bellini, Haydn, no es mas que un bosquejo, un esqueleto, es el rudimento de la música: ahí teneis la gran obra! Y el mundo se humillará ante mi suprema inteligencia y la fama llevará mi nombre á los rincones mas apartados del mundo!

Pero ¿y si ese hombre es un malhechor que me prepara una emboscada, para exijir dinero por mi rescate?

Aunque para mi no era verosímil esta idea, puse en el bolsillo una pistola de dos cañones, y en el cinto un cuchillo de monte de afilada punta.

Sumergido en estas graves reflexiones me dirijí al lugar de la cita, llegado á él me senté en un banco de piedra.

A poco la campana del reloj de la gigantesca torre de la basílica, dió doce sonidos metálicos.

¡Era el momento fatal!

El viejecillo de la noche anterior apareció delante de mi, sin que yo me hubiese apercibido de su llegada.

—¿Estais decidido? me preguntó.

—Si.

—Aceptais?

—Acepto.

—Pues, seguidme.

Despues de estas lacónicas palabras, seguí á mi desconocido en el mayor silencio. Atravesábamos el campo con un paso largo; mi guia andaba con una velocidad que me era casi imposible seguir sin correr. Asi continuamos un gran espacio, yo juzgué que nos encontrábamos á una legua próximamente de la ciudad.

Ni una palabra se cruzó entre nosotros.

Por fin descubrí un caseron antiguo, que tenia trazas de una fortaleza de la edad media.

El viejecillo dió tres silbidos que fueron contestados por otros tres.

Yo creyéndome vendido, eché mano á la pistola. Volvióse entonces hácia mí y díjome:

—Caballero, supongo que no creeis soy un bandido, que trata de robaros.

Me avergonzé de mi accion y dejé el arma en el bolsillo.

Entretanto la gruesa puerta del edificio se abrió sin que nadie apareciese en su dintel.

El viejo encendió una luz, subimos una escalera, dimos varios recodos por pasillos y corredores y entramos en una salita amueblada modestamente. Allí fijé mi vista en un mueble, cuyo uso me era difícil adivinar. Tenia apariencias de un armario, pero todo él estaba lleno de laminitas metálicas de diferentes tamaños, fijas en uno de sus extremos y libres en el otro.

Yo fijaba mi vista en estos accidentes con indecible curiosidad y no preguntaba á mi presunto maestro, porque el estado de mi ánimo me lo impedia.

—Para que comprendais, me dijo, que no os he exagerado, vais á escuchar la música que yo poseo.

El viejecillo salió, y á poco apareció con una jóven, que apenas contaria diez y ocho años, hermosa, mas hermosa que ninguna de las que yo habia visto en mi vida. De regular estatura, talle esbelto, formas elegantes, pelo ondoloso y negro, y una palidez extrema. Me fijé en su rostro y observé que la mirada permanecia fija y vaga. Así es que no reparó en mi, ni me saludó. Tenia todo el aspecto de una sonámbula.

La jóven se sentó y el viejecillo me dirijió una mirada escudriñadora.

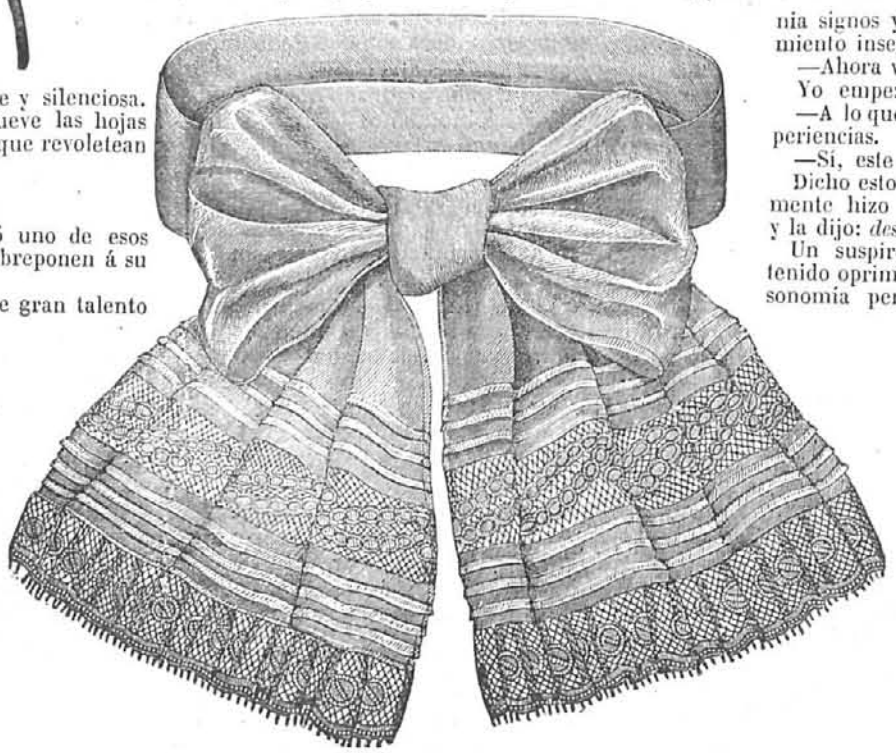
—Aqui teneis, mi discípula mas querida, Adelina, una inteligencia música sublime. Se inspira como una sibila y canta mejor que un ángel. Vais á juzgar vos mismo.

Entonces el desconocido se dirijió á la jóven que permanecia estática, y con voz firme y acento de autoridad y dominio, la dijo: *Adelina canta.*

La misteriosa jóven se conmovió al oir aquel mandato, automáticamente y siempre con los ojos fijos entonó una melodia encantadora, celestial, conmovedora y de un carácter tan triste, que jamás habia yo escuchado una música igual. Parecia un lamento, un quejido prolongado que destrozaba las fibras mas recónditas del corazon. Las lágrimas acudieron á mis ojos á pesar mio, y la tristeza se apoderó de mi espíritu.

Cuando se terminó aquella salmodia, el viejo, la dijo: *escríbela.*

Se levantó la hermosa, tomó una pluma que habia sobre la mesa y en un papel, trazó unos caractéres para mi indescifrables; pues no eran los simbolos usados en la música que yo conocia.



CORBATA RICHELIEU.

AMAPOLA.

—Armonizala, dijo el maestro, siempre con la misma entonacion de autoridad.

La pluma de la muchacha volaba sobre el papel y ponia signos y mas signos. Yo seguia anhelante el movimiento inseguro de su mano.

—Ahora voy á despertarla, me dijo.

Yo empezaba á comprender y dije:

—A lo que veo usais del magnetismo para vuestras experiencias.

—Sí, este es uno de mis recursos.

Dicho esto se puso en frente de Adelina, la miró fijamente hizo varios círculos misteriosos con las manos y la dijo: *despierta.*

Un suspiro ahogado, como el que exhala el que ha tenido oprimido el pecho, se escapó de sus labios, la fisonomía perdió la inmovilidad que yo habia notado, se restregó los ojos, echó una mirada en derredor, me vió, se sorprendió, bajó los ojos y su semblante perdió la palidez.

Ni una palabra, ni una silaba le oí pronunciar.

—Adelina, dijo el viejo, pasa al armónico y ejecuta la composicion que acabas de escribir.

Adelina se levantó, miróme con una expresion de dulzura y tristeza indefinibles, se sentó delante del instrumento que me habia llamado la atencion, y con el papel lleno de los signos que habia visto trazar colocado delante, comenzó á golpear con unos cilindritos de acero las lengüetas metálicas.

Un efecto mágico, sorprendente; una combinacion de sonidos melodiosos, suaves y argentinos hirieron mi oido, y la

© Biblioteca Nacional de España

voz de la jóven repitió el canto que durante el sueño habia *modulado*.

¡El viejo no me habia mentido, aquella era la música embriagadora, que embelesa, que adormece, que fascina!

Concluido el canto, el viejo dijo:

—Retirate: y aquella hermosísima jóven, mas hermosa aun para mi desde que escuché su voz angelical, me dirijió otra mirada expresiva, hizome un saludo grave y se retiró.

—Ya habeis oido, dijo el viejo. He conseguido inspirar á esa jóven y á otras muchas, con quienes he hecho experiencias, y me han dado por resultado melodías y armonías de una belleza sorprendente. En aquel estante (y señaló uno que habia en el testero) guardo preciosas obras, que harán en un dia mi fortuna. Como habreis observado, he tenido que *inventar un nuevo sistema de signos para expresarlas*. Este sistema se ha compuesto tambien por inspiracion del sonambulismo magnético. Además estoy muy adelantado en el método que explica los nuevos símbolos y accidentes para poder *interpretar* las composiciones del nuevo sistema. Lo que habeis oido ahora no es mas que una débil muestra, un juguete: tengo aquí (se levantó y cogió un libro) una obra maestra, y me mostró otra infinidad de garabatos ininteligibles, que hubiera dado un mundo por descifrar.

—Desgraciadamente, continuó, me faltaba la última pieza y para escribirla necesito un hombre; pues los cantos inspirados por el sonambulismo femenino, no caracterizan bien las pasiones del sexo fuerte.

—Y ¿qué habeis hecho para conseguir las melodías de este último género; porque supongo *que habrá algunas canturias* expresadas por varones?

—Así es; pero antes de contestaros, dignaos aceptar una copa de vino, en señal de la amistad eterna que nos unirá.

Se levantó y cogió una botella y dos copas.

Bien, contesté, aunque noté algo de siniestro en su semblante.

El desconocido llenó las dos copas del liquido.

Yo algo desconfiado, hice que al brindar se cambiasen las copas.

No sé si el viejecillo lo notó; pero nada dijo y propuso el siguiente brindis.

—*Por la gloria que ha de alcanzar mi gran obra La Creacion.*

Despues de haber apurado las copas, nos sentamos y mi interlocutor continuó.

—Me preguntábais, de qué manera habia obtenido los *cantos de fuerza y valentia que posee mi obra. Pues sabed* que he hecho con los hombres lo que habeis visto con Adelina; si bien en este caso se necesita alguna preparacion para ir debilitando la parte física y que aparezca en toda su potencia la espiritual. El último *que me sirvió ha muerto hace poco* y lo he sentido mucho porque se inspiraba magnificamente. Ha sido un contratiempo, porque mi obra iba á quedar interrumpida.

—¿Y qué pensais hacer?

—Buscar otro que haga sus veces.

—Pero entonces descubrirá vuestro secreto.

—Os equivocais. Ninguno de los que he necesitado para mis experiencias han aprendido mi sistema; pues no les he demostrado el resultado al volver del sueño inspirador. Unicamente la jóven que acabais de ver, Adelina, ha sido la que se ha iniciado, porque *la amo*. Los demás han sido ciegos instrumentos.

—No sé, dije, como encontrábais personas que se aviniesen á estas condiciones.

El viejo me miró de un modo extraño, misterioso y siniestro, y desentendiéndose de mi observacion me dijo.

—Voy á buscar la última inspiracion del *difunto*, para que la oigais, es una pieza de mucho mérito.

Salió y oí los pasos que se perdian en el corredor.

Quedéme solo pensando en los sucesos de aquella noche.

Mis sueños de ventura estaban á punto de realizarse.

Ya no tenia duda alguna, existia una música aun mas sublime que la que yo habia admirado de los maestros de gran fama. Yo iba á ser el poseedor de ella. Sin ir á Italia, sin esfuerzo ninguno por parte mia, llegaria á ser mas famoso que Bellini, Mozart, Meyerbeer... que todos los hombres que admiraban al mundo con sus obras!...

¡*Oh, la felicidad de una persona depende de un solo* momento, de un solo hecho de su vida, y ese instante venturoso habia llegado para mi!

¡Qué alegría cuando me presentase á mis padres, con el rostro radiante de ventura y les dijese: ya tengo una carrera, ya soy mucho mas que un pobre abogado! Aquí, entre estos papeles tengo un tesoro, que me dará mas riquezas y mas gloria que ningun hombre ha gozado! Y mi pobre padre y mi cariñosa madre llorarán de gozo y de entusiasmo!

Todas estas ideas pasaban en tropel por mi exaltada imaginacion.

Pero el viejo tardaba....

Todo estaba en el mayor silencio....

Ni un suspiro, ni un rumor, ni el ligero murmullo que produce el viento en el ramaje, ni el canto lúgubre del buho; nada se oia!.. Unicamente los fuertes latidos de mi corazon que contrastaban con el silencio de muerte que me rodeaba.

La tardanza del viejecillo empezaba á impacientarme... Instintivamente salí fuera de la habitacion, seguí un corredor y me dirijí hácia un cuarto que veia con luz, creyendo que en él estaria.

Llegué á él, pasé el dintel, dí dos ó tres pasos en su interior, y oí detrás de *mi un porrazo*.

Me volví rápidamente y vi que la puerta de la habitacion se habia cerrado: corro hácia ella, la empujo violentamente y... nada, no cede!

Doy fuertes golpes, llamo á grandes voces, grito desesperadamente y... nadie contesta!

Me acuerdo de la pistola: descargo uno en pos de otro los dos tiros á la puerta fatal y... el eco de las dos detonaciones se reproduce en las bóvedas del edificio; pero la puerta permanece inmóvil y el silencio profundo!

Recorro toda la habitacion á ver si hay alguna salida, la reconozco bien... los muros son de piedra y la única puerta de hierro y bronce!

Vuelvo á llamar, á gritar, á hacer *raido tirando las* viejas sillas contra la férrea puerta... y siempre el mismo silencio es el que responde!

Cansado y jadeante, convencido de mi impotencia por salir, me senté desfallecido!...

A poco de esto, una voz cascada, cavernosa, fatídica rompió el silencio terrible y pertinaz.

Era el viejecillo que hablaba por fuera de la habitacion.

—¡Vaya, vaya, tranquilízate! Ya ves que no te he engañado, has oido la música verdadera, la música sublime. Pero despues de esto no puedes volver al mundo, porque venderias mi secreto y yo *perderia el fruto* de mis afanes. Además me haces mucha falta. Vas á ser el que sustituya al *difunto* y espero que tus inspiraciones sean tan sublimes como las suyas. Ya has bebido el narcótico que preparará tu ánimo á la *espiritualizacion*, es *necesario darlo á los hombres* para exaltar el sonambulismo. No hace su efecto hasta las veinte y cuatro horas y produce un sueño profundo de seis; en las que haré mis experiencias y te daré una nueva pócima que hará su efecto al dia siguiente. Ya comprendes que así estás á mi disposicion por un tiempo indefinido. En el que estés despierto permanecerás encerrado en ese cuarto, hasta que tu parte física sea mas

EXPLICACION DEL GRABADO DE MODAS.

VESTIDO DE CONVITE.—Trage de spoult de sedas verde claro; lo bajo de la enagua se guarnece con dos volantes estrechos, encañonados, *de tafetan negro; el segundo tiene cabe*za; el primero es de 8 centímetros de alto: el segundo es de igual tamaño, pero incluyendo la cabeza de 1 centímetro y medio. La guarnicion, en figura de enrejado, se compone de tiras ó cintas de tafetan negro, algo ahuecadas, y que forman un lazo en cada punto en que se unen. Despues de haber rodeado la enagua y cubierto el paño de delante, esta guarnicion sigue por el delantero del corpiño y figura al mismo tiempo una berta.

Prendido de cabeza compuesto de largas barbas de encage negro, de rosas encarnadas y de una diadema de terciopelo negro.

VESTIDO DE SEÑORITA Ó DE SEÑORA JÓVEN.—Trage de *crespon azul, guarnecido con* dos volantes de 11 y 12 centímetros de alto; una tira de tafetan azul cubierta de crespon, rodeada por volantes estrechos y guarnecida con seis cintas estrechas de terciopelo negro, está colocada encima de los volantes; tres bandas muy largas, semejantes á la tira que se acaba de describir, van puestas en el delantero del trage; la del medio sigue por el corpiño, y orla los hombros figurando berta; las mangas, muy cortas, se componen de dos volantes de crespon y de un bullon de tul. Peinado con miositis.

© Biblioteca Nacional de España

manejable. A Dios, y ¡cuidado con hacer locuras! Mañana volveré á ver como sigues.

Y se marchó con paso lento.

Yo escuché este relato como mi sentencia de muerte. Estaba en poder del viejecillo, no como un discípulo, sino como un esclavo.

Tal era mi abatimiento, que ni una sola palabra contesté.

La luz que ardia se apagó falta de alimento, y me quedé en completa obscuridad y en un silencio absoluto.

(*Se continuará.*)

ROMANCE. (1)

Fuera de mi patria,
lejos del hogar
do pasé tranquilo
mi primera edad;
lejos ¡ay! del suelo
que acaricia el mar,
y el Guadalmedina
cruza por mitad;
donde aromas vierten
rosas y azahar,
soy en todas partes,
mucho tiempo há,
ave forastera
que de paso vá.

Muchas, muchas veces,
con creciente afan,
al pulsar mi lira
la sentí vibrar,
y de sus acordes
yo canté al compás:
"¡Triste de la nave,
que flotando está,
sin timon ni velas
en el alta mar!
¡Triste de aquel bardo
que es en su horfandad
solo un peregrino
que de paso vá!"

"Vanamente intento
huellas estampar
en país extraño
con mi planta audaz.
Mis cantares rudos
nadie escuchará
porque en los espacios
á perderse irán.
Ni una voz amiga
me responderá,
y sin conocerme
viéndome dirán:
"Es un forastero
que de paso vá."

Tal mi duelo era,
mi zozobra tal,
cuando á vuestro lado
me llegué á encontrar.
De mi pobre ingenio
poco es el caudal;
pocos los auxilios
que os podré prestar.
Mas de la Academia
grande es el raudal
y en tan claras fuentes
hoy beber podrá
este forastero
que de paso vá.

Si mi fuerza es poca
tengo voluntad;
vuestro ejemplo admiro,
vuestro noble afan.
Como buen obrero
llevaré al altar
que á la ciencia alzamos
una piedra mas,
y al ponerla humilde
junto al pedestal,
de mi tosca lira
cantaré al compás.
Y es que desde ahora
no me llamarán
pobre peregrino
que de paso vá.

Es que la barquilla
que en su soledad
navegaba triste
por el alta mar,
de apacible puerto
divisó el fanal;
es que al pobre bardo
le responden ya,
dulces é indulgentes,
ecos de amistad;
es que entre vosotros,
no seré de hoy mas,
ave forastera
que de paso vá.

M. CARRILLO DE ALBORNOZ.

(1) Este romance fué leido por su autor en la solemne' sesion inaugural, celebrada por la Academia de literatura de la ciudad de Albacete.

LA MADRE DEL SOLDADO.

Algunos años há vivia entre nosotros, y era muy consultado, el eclesiástico mas popular que hemos conocido. No tenia un momento suyo; su existencia era de los demás; á todas horas le llamaban y á todas horas respondia.

Los que habian perdido la tranquilidad doméstica iban á él casi seguros de recobrarla. Su mirada era la de un juez; su aspecto el de un patriarca y su voz tenia la tierna entonacion de la de un buen padre.

Muchos de nuestros lectores le habrán conocido por estos rasgos, porque era un hombre venerable á quien todas las opiniones respetaban. Podriamos aqui estampar su nombre: pero preferimos que nuestros lectores le pronuncien espontáneamente y le bendigan.

Su casa era una especie de juzgado de paz. A ella iban á buscar los afligidos un consuelo, los decaidos una esperanza, los grandes una expansion del pecho, y los pequeños un aliento. Y nadie salia de su casa con el corazon compromido. No se sabe de qué manera en aquella humilde morada quedaban sepultados los deseos de venganza, el rencor, los desamores, y se cosechaban allí perdones, olvidos, conciliaciones y concordias. Le vimos pocos meses antes de su sentida muerte en julio de 1854. Nos llamaba su hijo, y en realidad podiamos llamarle nuestro padre.

Un dia habiamos sentido aquella especie de fiebre perniciosa de la duda por la que pasan á veces los ánimos, y él nos habia curado: él que sabia abrir la válvula de la fé cuando el alma agotaba sus brios en vanos y eternos esfuerzos para definir lo infinito.

Cuando le vimos en aquella fecha salian de su cuarto un padre, una madre y un hijo, los tres con los ojos humedecidos. Al despedirse de él le asian de la mano y se la besaban, y él casi los reprendia por aquellas muestras de enternecimiento. Y él habia conservado la calma habitual que formaba el distiativo de su carácter. Quisiéramos trasladar aqui breve y sencillamente lo que él nos contó de aquella familia que salia de allí tan conmovida. Aquel padre y aquella madre no tenian mas que un hijo. Vivian de su trabajo como viven los mas de los hombres. El hijo era el cariño y las esperanzas de entrambos. Solamente alguna sombra de descontento venia á veces á turbar la serenidad de aquella familia. El esposo se quejaba de que no fuese posible que su esposa le presentase de vez en cuando algun ahorro, sino que todo desapareciese en esa especie de abismo sin fondo á que llamamos gastos de casa y que jamás se recobran. Los víveres se encarecen, los alquileres suben, la ropa cuesta un sentido, respondia la esposa, y continuaba equilibrando con las entradas las salidas. Algunas veces el esposo hacia una visita á aquel médico del alma, y este le consolaba diciéndole que á él le pasaba lo mismo, y que habia dias en que no podia obtener aquel equilibrio de que él se mostraba quejoso. De suerte que el esposo acabó por avenirse con lo que él llamaba la enfermedad crónica de su esposa.

Pero el hijo crecia. Ya en la hoja del padron era necesario poner con todos sus puntos y señales el año, mes y dia de su nacimiento. Ya no se le permitia sino con condiciones muy espinosas ausentarse. Ya los demás mozos de su edad ponian en él la atencion para saber si tenia cierta estatura, si disfrutaba buena salud, y si podia alegar lo que ellos llamaban exenciones para no sé qué cosa. Es decir, que aquel hijo, no pertenecia ya á sus padres, sino que le atraia á si y deseaba tener con él relaciones de intimidad ese otro padre á quien llamamos el Estado. Los compañeros de aquel jóven le preguntaban si estaba asociado, y él respondia que solo lo estaba con su propia suerte. Un dia le dijeron que ya estaba en las listas, otro dia le llamaron para que acudiese con su padre á presenciar el sorteo.

El padre se puso muy triste. La madre, por el contrario, como si no presintiese el resultado de aquel llamamiento, se dedicaba tranquila á sus quehaceres. El hijo estaba sereno. Agil, robusto, bien formado, lleno de salud y de esperanzas, no veia nubes en lo presente, ni en el porvenir celajes. La vida era para él un beneficio recien recibido, del que debia á alguno las primicias, y esperaba que se las pidiesen para entregarlas. El y su padre subieron á una sala en cuyo centro habia dos urnas. En el fondo, ante una mesa, un representante de la autoridad estaba rodeado de dependientes. En torno de las urnas formaban círculo los jóvenes y sus padres ó tutores. Se le pedian á aquel distrito diez y seis mozos. Los sorteables de la primera edad eran en número de cincuenta, y casi todos se hallaban allí agrupados esperando el fallo de la suerte. Una de las urnas rueda y de ella sale un nombre. Al mismo tiempo la otra urna rueda tambien, se para, y de ella sale un número. Es alto, y el mozo á quien corresponde se vá muy alegre. Para cada mozo se repite la misma operacion, y sale un número. Ya pronuncian el nombre de nuestro jóven, y al mismo tiempo sale de la otra urna el número uno. El padre toma de la mano á su hijo, y se vá con él cabizbajo y meditabundo. Ni una palabra sale de sus labios. Entra en su casa, mira á su hijo, y se deja caer en una silla. Pobre padre, que creia tener en su hijo un sosten y un alivio, y por darle sustento y crianza se hubiera quedado él sin pan y sin abrigo: ahora una suerte fatal le obligaba á desprenderse de ese pedazo de sus entrañas, y le dejaba sumido en la amargura. Cosa extraña, el hijo no se lamentaba, como si estuviese contento con su destino; y la misma madre, resignada, parecia que no hubiese comprendido bien qué era aquello de que se trataba. Y cuando la dijeron que su hijo iba á ser llamado al servicio de las armas, respondió que era necesario consultarlo con el juez de paz de la familia.

Ya saben nuestros lectores quién era el juez de paz. La manera como recibió á aquella familia es lo que desearíamos hacer sentir y expresar con la misma llaneza con que él se complacia en contar lo que le pasaba. Hablaba frecuentemente por símiles y al rematar una cláusula, eran tan exactas sus comperaciones, que nadie preguntaba á quien iba dirijida la enseñanza. Conozco, les dijo, á una madre que por espacio de doce años ha estado pensando en eso mismo que á vosotros os coge de improviso. Esa madre, cuando su niño apenas tenia siete años, venia aquí todos los domingos y depositaba en una arquilla sus ahorros, cuatro reales por semana. Esto es para mi hijo, decia, exclusivamente para mi hijo. Si en llegando á la edad le toca la suerte de soldado y quiere serlo, aquí tendrá su patrimonio, y si quiere redimirse, aquí hallará su licencia. Y la buena madre no decia una palabra á nadie de esa su virtud doméstica, y sufria en silencio las reconvenciones de su esposo cuando se quejaba de que nunca se le ofreciese alguna corta cantidad para reserva. Os voy á decir de qué manera han fructificado los ahorros de aquella digna madre. Y diciendo esto abrió la arquilla y sacó de ella una obligacion de una sociedad de seguros sobre la vida, en la cual le tocaban al mozo ocho mil reales si salia soldado en la época marcada. Este dia ha llegado, añadió; seis mil reales, para redimir la suerte; dos mil, para celebrar la feliz idea de la buena madre. El padre y el hijo estaban parados, y miraban á la vez á su juez de paz y á la madre; hasta que esta prorumpió en sollozos, y ellos dieron rienda suelta á un copioso llanto de alegria. Aqui teneis, dijo aquel dechado de hombres buenos, á la admirable madre del soldado.

ORTIZ DE LA VEGA.

CREO EN DIOS.

CUENTO DE COLOR DE ROSA.

POR

DON ANTONIO DE TRUEBA.

(Continuacion.)

Ascensita, no ya llorando de dolor sino de alegria trepó por la escalerilla de la solana, y se apoyó en la baranda, dirijiendo la vista primero al horizonte y luego al cielo como si la tierra fuese elemento impuro y mezquino para el sentimiento que agitaba su corazon.

Hombres y mujeres que enferman y mueren; flores que se deshojan, tierra que sustenta reptiles venenosos; rios y fuentes que se enturbian y se agotan; árboles que se secan; todo esto que constituye el elemento en que vivimos, parecia mezquino y deleznable á la niña enamorada, que sin esplicarse por qué aspiraba á otra esfera mas dilatada, mas alta, mas bella, mas indefinible, mas etérea, mas en consonancia con el sentimiento que dominaba su alma.

Si, como Isabel, hubiera creido en Dios y hubiera visto á la Madre del Amor hermoso interponiendo su santa influencia en sus virginales amores, ¡qué inmenso, qué celeste placer, Dios mio, hubiera experimentado doblando la rodilla y exhalando su alma enamorada hácia aquel cielo azul tachonado de luceros!

La niña no creia en Dios, y entonces comprendia cuán triste es, así en el esceso del placer, no poder exhalar el alma en un:—¡Dios mio!...

VI.

Una tarde al ponerse el sol estaban D. Rafael y As-

© Biblioteca Nacional de España

censita en el balcon.

D. Rafael leia sentado un libro que le llaman *Las ruinas de Palmira*, y Ascensita, de pecho en la baranda del balcon, miraba atentamente hácia el camino de Bilbao, como si esperase impaciente que alguien asomase por allí.

Agustina pasó por debajo del balcon con su herrada en la cabeza:

—Buenas tardes, hija, dijo á Ascensita, porque la queria mucho.

—Buenas tardes, aña. ¿Vá V. á la fuente?

—Sí, voy á ver si traigo agua fresca porque con el calorazo que hoy ha hecho, aquel pobre vendrá muerto de sed.

—Mucho tarda en venir.

—Ya no debe tardar. Le esperas con impaciencia?

—Si que le espero.

—Pues hija, juntate conmigo.

Agustina continuó su camino sintiendo una especie de gratitud hácia la niña, porque esta participaba de su impaciencia por la vuelta de Diego.

—Ya no veo bien sin las antiparras, dijo D. Rafael cerrando el libro, levantándose y yendo á apoyar en la baranda del balcon al lado de su hija.

—Estaba V. leyendo las *Ruinas*? le preguntó Ascensita.

—Si, y nunca me canso de leer este libro.

—A mí tambien me gustaba mucho, pero ahora no me gusta tanto.

—Por qué?

—¡Qué se yo!

—Dentro de poco lo que te vá á gustar á tí es el *Flox Sanctorum* que lee el bobo de Diego á la santurrona de su madre.

El *Flox Sanctorum* no, pero el *Génio del Cristianismo* y *Los Mártires* que tambien lee Diego, me gustan ya mas que las *Ruinas*.

—Y de cuándo acá no te gustan las *Ruinas*?

—Desde que me dá rabia el que todo se muera cuando una se muere.

—Y qué importa que así suceda.

—Cuando V. se muera quedaré sola en el mundo...

—Sola no, porque te dejaré medio millon, que es la mejor compañia. No la tienen tan buena Isabel y Catalina y otras que son huérfanas y pobres.

—Sí, pero esas creen que aunque su madre haya muerto las vé y las oye y vela por ellas, y cuando tienen una gran afliccion invocan á su madre y así se consuelan.

—Vaya, vaya, hija, no seas tonta como ese atajo de fanáticos que nos rodea.

Estas palabras no bastaron á consolar á Ascensita que continuaba muy cavilosa mirando hácia el camino de Bilbao, por donde asomó un jóven que caminaba á paso redoblado, en mangas de camisa, con la chaqueta cruzada á modo de banderola, la boina encarnada de medio lado, un palo de acebo adornado de caprichosos dibujos hechos por medio de la combustion, colocado horizontalmente bajo la nuca, y los brazos tendidos sobre el palo formando cruz.

Aquel jóven era Diego.

Todas las melancolías y las cavilaciones de Ascensita desaparecieron cuando esta le vió.

Diego en vez de entrar en su casa pasó de largo y se dirijió á la de D. Rafael.

Ascensita corrió á su encuentro á la escalera con la dulce esperanza de que la trajera y le diese á escondidas alguna de aquellas dulces y sencillas finezas que Isabel le habia dicho que solia traerle su novio.

La esperanza de Ascensita no era vana; Diego la traia un librito preciosamente encuadernado, cuya portada se apresuró á examinar la niña, leyendo en ella: «*El alma desterrada*, por Ana María.»

El alma desterrada es la leyenda mas delicada y bella que la musa cristiana ha producido.

Allá en las comarcas bíblicas hay una casta doncella que muere dejando sumidas en profundo dolor á su madre y á sus compañeras.

Su santa madre pide al Señor que renueve el milagro que arrancó del sepulcro á Lázaro, y la doncella vuelve á la vida; pero su alma está eternamente triste, porque habiendo morado en el cielo, se considera desterrada en la tierra.

Tal era, sumarísimamente contada, la leyenda que Diego ponia en manos de Ascensita, persuadido de que el santo perfume de religion y poesía que exhala aquel admirable libro, habia de penetrar tarde ó temprano en el alma de la niña.

La alegría que á Ascensita produjo aquel regalo, se turbó repentinamente cuando la niña observó que Diego venia triste.

—Qué tienes, Diego? preguntó la niña con ansiedad.

—Traigo para tu padre una carta, que segun me ha dicho el que me la ha dado, contiene la noticia de una desgracia que ignoro.

Diego entregó la carta á D. Rafael, y este apenas pasó la vista por ella se dejó caer en un sillon blasfemando de Dios y de los Santos.

D. Rafael creia en Dios y en los Santos cuando tanto blasfemaba de ellos.

Algo es algo.

En la carta que habia traido Diego se le decia que la casa de comercio en que tenia todo su capital, habia quebrado, y cuando mas, los acreedores á la quiebra solo cobrarian un cinco por ciento de sus valores.

Al dia siguiente fué D. Rafael á Bilbao, y volvió quebrantado de dolor con la certidumbre de que estaba arruinado.

Apenas llegó se acostó, y dos dias despues le llevaron á enterrar.

Antes de morir pidió que fuese el señor cura á confesarle, y como Ascensita se admirase de esta peticion, D. Rafael la dijo haciendo un esfuerzo para sonreir:

—Hija, lo que se usa no se escusa.

Así se mostró á su hija por fuera. ¡Quién sabe como se mostraria á Dios por dentro!

A mas de un confesor he oido yo asegurar que entre las mentiras de que se han acusado sus penitentes figura la de haber dicho que no creian en Dios cuando creian á piés juntillas.

Si es horrible la hipocresía de la virtud, ¡qué horrible, Señor, debe ser la hipocresía del vicio!

VII.

Ascensita vestia aun luto por su padre.

Tambien le llevaba en el corazon, porque sus ojos se llenaban con frecuencia de lágrimas y sus mejillas habian trocado su color de las rosas por el de las azucenas.

Ascensita se encontraba sola en ese caseron donde algunos meses antes, si tenia penas, tenia un padre que la queria y la mimaba, y criados que, por amor y por interés, la halagaban y la servian.

Ya por única compañía y único servidor tenia á una pobre mujer á quien con dificultad podia dar un miserable salario.

Ascensita, á quien su padre esperaba dejar feliz dejándola rica, era muy pobre y muy infeliz.

Ni aun los santos consuelos que la fé proporcionaba á aquellas huérfanas cuyas supersticiones habia envidiado mas de una vez, tenia la pobre Ascensita, porque la incredulidad que su padre habia sembrado, habia echado profundas raices, y si la luz de la fé brillaba un momento en aquella alma extraviada pronto se amontonaban en torno de ella las sombras de la duda.

Cuanto mas desgraciada era Ascensita, mas necesidad tenia de creer.

En un cuarto de su casa habia un armario lleno de libros, que miraba con profundo hastío, porque no encerraban nada de lo que buscaba su corazon.

Mas de una vez tuvo intencion de arrojarlos al fuego: pero desistió de ello, porque si no encerraban la fé que necesitaba su alma, encerraban el recuerdo de su padre.

En cambio leia, sin cansarse nunca de él, otro libro en cuyas páginas hallaba un consuelo inesplicable: era *El alma desterrada*.

¿Creia Ascensita la maravillosa historia narrada por Ana María?

A Agustina y á Diego decia que no, y se lo decia con sinceridad; pero sin saberlo creia en aquella historia, en aquel cielo tan lleno de santas delicias, y en aquella resurreccion.

Libro en que no se cree, no se lee nunca con gusto.

Diego y Ascensita se querian mas que nunca.

Diego queria á Ascensita porque la veia desvalida y triste, y Ascensita queria á Diego porque en su corazon encontraba el único refugio.

Diego deseaba unirse pronto con la compañera de su infancia; pero no se atrevia á decírselo á su madre.

Yo no sé lo que serán los mozos en otras provincias de España, porque lo mas que me he alejado de estos valles es á Valladolid, donde muy jóven aun estuve dos años estudiando, y no estuve mas porque murió mi padre y tuve que abandonar los estudios para volver á consolar y ayudar á mi madre; no sé lo que serán los mozos campesinos en otras provincias, pero en esta, á Dios gracias, las costumbres se conservan tan puras, que el pudor no es patrimonio esclusivo de las doncellas.

Era la víspera de la Ascension, y Diego y Agustina estaban comiendo.

—Hijo, ¿qué tienes que estás triste y apenas comes? preguntó Agustina á Diego. ¿Estás malo?

—No, madre.

—Has reñido con Ascensita?

—No señora.

—Pues tú por algo estás triste.

Diego calló.

—Por qué estás triste, hijo mio?

El muchacho se puso muy colorado y contestó:

—Madre, mañana por primera vez en su vida pasará Ascensita sola y triste el dia de su Santo.

—Triste le pasará, porque es huérfana y desgraciada; pero sola no, porque yo la haré venir á pasar el dia con nosotros.

El muchacho miró á su madre con tal ternura y tal alegría, que Agustina comprendió que le habia hecho con aquellas palabras mucho bien.

—Yo te haré mañana otro bien mayor, dijo para sí Agustina.

Acabaron de comer y Diego volvió á la pieza donde habia pasado la mañana trabajando. Habia venido caviloso y triste, y volvia tan alegre que Ascensita le oyó cantar conforme atravesaba la llosa la canta de

—El clavel que tú me diste
el dia de la Ascension.

A la caida de la tarde, cuando todo se alegraba en la aldea con el repique de las campanas que anunciaban la gran fiesta del dia siguiente, Ascensita bajó muy triste á la huerta.

Agustina la vió, y bajando á la suya se puso á conversar con la niña á través de la estacada.

—Hija, esta noche tenemos que colgarte.

La niña se sonrió melancólicamente y al mismo tiempo se le saltaron las lágrimas.

Agustina notó esto último, y se apresuró á añadir.

—Vamos, vamos, déjate de lágrimas que pareces á Jeremias. Mañana te vas á quitar el luto, que ya le has llevado el tiempo suficiente, te vas á ir á almorzar y á comer con nosotros, y por la tarde vas á bailar con mi Diego en el nocedal.

—Ay, aña, bailar yo!

—Sí, yo os voy á hacer bailar á ti y á Diego como dos perinolas.

—Difícil es!

—Yo os tocaré una música que os alegre. Con que lo dicho dicho, que mañana queremos tenerte todo el dia de convidada.

—Gracias, aña.

—Guarda las gracias para quien tú sabes y no faltes mañana, que te esperamos.

—No faltaré, contestó Ascensita sin poder ocultar su gozo.

Al dia siguiente Agustina, Ascensita y Diego estaban acabando de comer en la solana de Agustina.

Hasta la misma Ascensita estaba alegre.

Diego tomó un vaso de chacolí, y dijo disponiéndose á desocuparle:

—Porque Dios nos reuna muchos dias como este!

—Para que así sea, repuso Agustina, es menester que nosotros hagamos por reunirnos, que Dios dice, ayúdate y te ayudaré.

Ascensita y Diego no comprendieron lo que Agustina queria decir.

—¿No comprendeis? les preguntó Agustina.

—No señora.

—Pues digo que quisiera oir el domingo vuestra primera amonestacion.

Ascensita y Diego no pudieron reprimir una especie de grito de alegría, y balbucientes de rubor y de gozo, quisieron pronunciar algunas palabras de agradecimiento; pero Agustina los interrumpió con el «Demos gracias á Dios por el sustento que nos ha dado,» con que tenia por costumbre principiar la oracion de sobremesa.

Ascensita rezó llorando.

(*Se continuará.*)

Desde nuestra última revista acá el Principal ha puesto en escena algunas óperas, todas ellas ya conocidas, como *El Trovador*, *Traviata*, y *Un ballo in maschera*, las tres de Verdi como es sabido. A falta de la novedad que ya por lo vistas no podian tener, poseian al menos la novedad en la ejecucion de algunos de sus papeles, y en efecto, esta circunstancia les ha prestado un nuevo aliciente. En ellas han alcanzado nuevos y muy merecidos aplausos la señora Albertini y el Sr. Ferri, merced á cuya cooperacion el segundo acto de *Traviata*, ingrato como ha aparecido siempre aquí y cansado, ha llegado á levantarse en algunas piezas á la altura del primero, con especialidad en el duo de tiple y barítono, superiormente cantado por los dos ya dichos artistas.

Otro tanto podemos decir de *Il Trovatore*, y sobre todo de *Un ballo in maschera*, que si bien en sus dos primeros actos dejó no poco que desear, esta falta se compensó con la ejecucion del tercero y cuarto. La plegaria de la tiple, cantada con admirable sentimiento, el terceto, la escena coreada que le sigue, y la romanza del Sr. Ferri, fueron trozos muy aplaudidos, y que lo habrian sido todavía mas si el público se hubiera hallado menos mal dispuesto, á consecuencia de las primeras piezas de la ópera.

El Circo sigue su camino al través del laberinto filarmónico de la zarzuela, y ya nueva ó ya vieja nos pone en escena casi una por funcion. Como nada tenemos que decir de las ya vistas, puesto que de todas ellas nos hemos ocupado en su tiempo oportuno, habremos de limitarnos á las completamente nuevas, tocándole ahora su vez, por primera en el órden de su presentacion, á una en un solo acto, la cual lleva por título: *En las astas del toro.*

Nosotros habiamos imaginado que esta expresion iba á tomarse por el autor en sentido figurado al desarrollar el pensamiento de su obra; pero no contábamos, al pensar así, con que era una zarzuela la que íbamos á ver, y por tanto que no podíamos pedirle nada que fuera puesto en el órden. Vimos pues con asombro que se trataba de unas verdaderas astas y de un verdadero toro, el cual ha estropeado y magullado en corrida formal á un pobre hombre, lleno de años y de canas, que tiene horror al toreo, que en su vida ha cogido en la

© Biblioteca Nacional de España

mano una espada ni una muleta, y que tiembla de miedo á la sola idea de haber de pisar el redondel de una plaza.

¿Pero con qué esfuerzo de ingenio logra el autor que semejante hombre se preste á tal absurdo? Vamos á verla.

Un señor anciano, casado y con familia, lleva entre sus apellidos el de Baron, y su mujer, que es en extremo vanidosa, ha fomentado la comun creencia de que aquel no es un apellido sino un título. *La cosa, como se vé, no puede ser mas verosímil*; porque en efecto cualquiera puede hacerse pasar impunemente por duque ó hasta por príncipe sin que nadie tenga medios de probarle que no lo es; todo se reduce á suprimir la guia de forasteros.

Ahora bien, el tal Baron, no tiene mas que trampas, y en su consecuencia ha tomado á préstamo cinco mil duros, cuya fecha de pagaré está ya cumplida. En casa no hay un cuarto; la señora es amiga de la ostentacion, y creyendo casar bien á su hija, protege sus amores epistolares con cierto mozo que tiene trazas de rico. ¿Cómo salir del apuro del pagaré? Aquí entra el ingenio.

Un mozo, gran aficionado á toros, é individuo de una tertulia de café á la que concurre el Sr. Baron, acaba de recibir una cuantiosa herencia, parte de la cual se propone gastar en el objeto predilecto de su aficion. Organizase una corrida de aficionados, y se invita á tomar parte en ella al viejo contertúlio, apostándole el jóven diez mil duros á que no se atreve á matar un toro. El Sr. Baron vé el cielo abierto: ganada la apuesta por él, ya sale del compromiso, y lo que es mas, le queda otro tanto para galas de la exigente consorte. En su consecuencia acepta el reto y se prepara á la lidia.

Es la abnegacion mas sublimemente ridícula que puede habérsele ocurrido á hombre alguno; pero tras de eso es un sacrificio de todo punto inútil. El viejo no puede menos de tener la certidumbre mas completa de que ha de cogerlo el toro, y aun dado el caso improbable de que no deje la piel en las astas del bicho, por lo menos es seguro de que no conseguirá matarlo, no ya con la espada, sino aunque le dieran un cañon rayado. La apuesta de todos modos era perdida, y en vez de los cinco mil duros tendria que aprontar quince mil. Esto es evidente; pero por lo mismo que es un evidente absurdo el imaginar lo contrario es por lo que constituye un argumento de zarzuela.

El supuesto título de Castillo, que por otra parte no se hace ilusiones respecto al tristísimo y lamentable éxito de su empeño, procura sin embargo tomar una leccion de tauromáquia, y cita á su casa á los maestros del arte, al frente de los cuales viene un viejo torero jubilado, que se ha enriquecido con su oficio, y que es el que le dá la primera y única leccion. Esta leccion está tomada al pié de la letra de la que puso nuestro Gonzalez del Castillo en uno de sus donosísimos sainetes; porque ya se sabe que el plágio es uno de los principales elementos con que cuentan los mas de los que escriben zarzuelas. La escena dá lugar para un tango *con acompañamiento de palmas*, y ya *tenemos* un trocito de música alusiva.

Los toreros parten de allí á saborear un almuerzo que le tiene preparado el nuevo alumno, pero el viejo jefe de la cuadrilla, que prefiere á este solaz un interés mas positivo, detiene al neófito para manifestarle que posee por endoso el fatal pagaré, y que necesita ser satisfecho en el acto, toda vez que allá para su capote comprende que de allí á una hora el toro se habrá encargado de dejar insolvente á su acreedor. Este, viendo vanos sus esfuerzos para obtener una dilacion, finge ir por el dinero, mas en rigor no hace tal, sino que apresuradamente se viste y corre á la plaza, donde ya se le esperaba con impaciencia.

Mientras el torero aguarda la prometida suma, aparece por allí el incógnito amante de la niña, que no es otro que su propio hijo, y en tanto que le riñe por querer hacer el papel de caballero, se presenta la mamá, á quien el viejo reconoce desde luego como á hija que era de un compadre suyo que vendia boquerones en Málaga. Ella niega, él afirma, y en aquel punto aparece vestido de majo, desencajado y cubierto de sangre el héroe taurómaco, al que el bicho ha revolcado muy á su sabor antes que le tocase al pelo, y que á todo correr busca el asilo de su casa, temiendo aun verse perseguido por la fiera. Repuesto algun tanto del susto, se acuerda de los quince mil duros que debe; pero el viejo torero se compromete á pagarlos, á condicion de que case á los pollos amantes; cosa en que consienten los padres, renunciando por fuerza á su baronía de pega.

La música de la zarzuela no es de la que puede levantar este absurdo teatral.

La ejecucion fué regular. El Sr. Gonzalez (D. M.) está bien en papeles como el de aquella noche; este es su elemento. La Srta. Toda tuvo poco que hacer, con sentimiento de sus numerosos aficionados, que ven siempre con gusto en la escena su elegante figura. Los demás papeles son de leve importancia en esta zarzuela.

El público, que era abundante, se rió á ratos, lo cual no tiene nada de particular. Lo mismo se rie uno de un agudo rasgo de ingenio que de ver á un viejo mamarracho vestido de majo y pisoteado por un toro.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

BELLAS ARTES.

En uno de los salones de esta academia Provincial se ha expuesto el excelente retrato del Sr. coronel D. Leon Lopez Francos, diputado á córtes por el distrito de Medina Sidonia, cuadro que se ha hecho para ser colocado en la sala de sesiones de la expresada ciudad por acuerdo de su municipio.

Si esta singularísima muestra de aprecio ha debido dejar muy satisfecha á la digna persona que la ha obtenido, no menos satisfecha debe estarlo de la ejecucion de su retrato expuesto al público, segun llevamos dicho, y que es debido al acreditado pincel del distinguido artista sevillano D. José María Romero.

No es esta obra un mero trasunto del Sr. Lopez Francos; es un verdadero cuadro de composicion, cuyas figuras, artísticamente colocadas, al par que realzan la del personaje principal, dan vida y movimiento á aquella escena, cuyos pormenores se ven allí representados con verdad pasmosa y con singular acierto.

Esta obra, como todas las del Sr. Romero, se distingue por su buena entonacion y por su brillante colorido.

Por ella felicitamos á tan excelente artista.

PROBLEMAS DE AJEDREZ.

SOLUCION DEL N.º 5.

Por Don Antonio Solance.

Blancas.—	Negras. —
1 Rª 7ª AR	R come Rª mate.
2 P come A pide C	R su casa.
3 C 7ª C	R casa Rª
4 C 7ª AR	R 2ª ARª.
5 C 8ª R	R 3ª ARª
6 C 5ª R	R 4ª CRª.
7 C 7ª ARª	R come P.
8 C 4ª ARª mate.	

EXPLICACION DE LA HOJA DE BORDADOS.

Con el presente número repartimos una hoja grande de dibujos, correspondiente al patron del mes de Abril. Los objetos que contiene son los siguientes:

Derecho de la hoja. Dos bellísimas cenefas para manteles de altar con dibujos alegóricos á su objeto. Pueden hacerse con cordoncillo ó al tambor.

Revés de la hoja.

N.º 1.—Dibujo que puede emplearse para cogin de cama ó algun otro objeto análogo. Al pasado.

N.º 2.—Esquina de pañuelo. Aplicacion.

N.º 3.—Esquina de pañuelo. Punto de ojal.

N.º 4.—Salpicado para tiras. Al pasado.

N.º 5.—Cuello recto. Al pasado y ojetes.

N.º 6.—Puño correspondiente al cuello anterior.

N.º 7.—Cuello. Al pasado.

N.º 8.—Puño correspondiente al cuello n.º 7.

N.º 9.—Cuello. Ojetes y punto *al vapor*.

N.º 10.—Mitad del puño que hace juego con este cuello.

N.º 11.—Cuello á punto de ojal.

N.º 12.—Puño para este cuello.

N.º 13.—Cuello con medallones. Punto de ojal y punto de nudillos.

N.º 14.—Mitad de su puño.

N.º 15.—Entredos bordado.

N.ºs 16 y 17.—Puntillas.

N.º 18.— Corona al pasado.

N.ºs 19, 20 y 21.—Cifras.

Abecedario de grandes letras de adorno. Al pasado.

ADVERTENCIA.

En consecuencia de lo que tenemos anunciado, distribuimos hoy, en vez del figurín iluminado, las dos primeras entregas de la escojida *Biblioteca de novelas* que lleva por título *Recreo del hogar*.

Solucion del geroglífico anterior.

Haces mal, espera otro tal.

La Administracion de la Moda en Madrid se ha trasladado á la calle Mayor n.º 81; entrada por la plaza de S. Miguel n.º 2.

EDITOR RESPONSABLE: D. FELIX PRICHARD.

CADIZ: 1863.—IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MÉDICA. Bomba, n. 1.

OBSEQUIO

A LOS SRES. SUSCRITORES DE LA MODA ELEGANTE.

Hemos reimpreso los números que se agotaron de la *Moda Elegante* respectivos á 1861 y 1862, y en su consecuencia nos hallamos en el caso de poder ofrecer á nuestros suscritores los dos tomos de dichos años, ya encuadernados y francos de portes, **por la cantidad de 80 rs. vn.**, remitidos al hacer el pedido en libranzas ó sellos de cualquiera clase.—Los referidos tomos contienen mas de 1.500 dibujos de labores de crochet, bordados de multitud de clases, figurines de señoras y niños, música, etc. y mas de **60 tomos de novelas** morales é instructivas, unas originales y otras traducidas.

Hay algunas colecciones con figurines iluminados las cuales cederemos por 20 rvn. de mas.

Los que solo quieran el tomo de 1861 se les remitirá por 19 rs. sin figurines iluminados, y por 25 con ellos en razon á ser de menos volúmen que el de 1862.

A esta rebaja solo tienen derecho los actuales suscritores al periódico.

Las cartas que contengan sellos de correo deben certificarse para evitar estravíos.

Los pedidos se dirigirán á D. Manuel Torrijos, calle Mayor núm. 81—MADRID.

O bien al Administrador de La Moda—CADIZ.

© Biblioteca Nacional de España